



Hágase en mí según tu Palabra...

En un tiempo de grandes y rápidos cambios, en un tiempo de crisis económica y financiera con repercusiones a nivel mundial, en un tiempo de violencia y de migraciones que cambian el equilibrio de las naciones, en un tiempo en el que se afirma la cultura tecnológica y virtual y la necesidad de cuidar la casa común que es la creación, en un tiempo en que la Iglesia y en particular la vida consagrada, es invitada a despertarse para despertar el mundo, con confianza traemos de nuevo al corazón nuestra certeza de fe: "Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo Único" (Jn 3,16).

En esta opción de amor y de pasión de Dios están las mujeres y los hombres de nuestro tiempo y de todos los tiempos, de todos los lugares y de todas las realidades; todas nuestras comunidades, todos los lugares donde estamos al servicio del Reino; todas las situaciones que vivimos con gozo y con fatiga; todos los proyectos, todos los sueños, todas las decisiones... todo abrazado por el amor incondicional de Dios para el ser humano, para nosotros. Este amor toca hoy nuestra situación concreta: somos amados en nuestra pequeñez, en la disminución de fuerzas, en la incertidumbre de las obras que nos llevan a

redescubrir la gracia de ser un *pequeño rebaño*, recordando junto con Paula que "cuando comenzamos el Instituto ciertamente no teníamos la intención de hacer algo grande, sino solo la voluntad de Dios; por lo tanto, de cualquier modo que vaya, para nosotras va muy bien con tal que se haga su adorable voluntad". (Roma, 4 de julio de 1851)



Y porque somos amados y tenemos la certeza de este amor estamos en un tiempo favorable, un tiempo que debemos redescubrir como oportunidad para buscar y encontrar la voluntad de Dios en nuestra historia, en la historia de este mundo. Este tiempo del Capítulo General XXI, es tiempo de gracia para nosotros para reavivar el don de Dios que hemos recibido, y ser don de Dios para los demás.

La novedad está en la manera en que Dios guía la historia y guía nuestra historia: "He aquí que hago nuevas todas las cosas" (Ap 21, 5), pero la novedad no viene de fuera de nosotros, viene de nuestra disponibilidad hacia el cambio profundo y radical de nosotros mismos: somos nuevos porque un amor que es de siempre y para siempre nos renueva, y con esta confianza, somos capaces de arriesgarnos con audacia ante la novedad.



Dios ama nuestra realidad hoy y somos llamados a estar en el mundo, amando el mundo con la misma pasión y compasión de Dios.

Somos amados por un Dios que de infinitud se hizo finitud, de eterno entró en el tiempo, de inmortal se hizo mortal, de inalcanzable se dejó alcanzar, de rico se hizo pobre, de invisible se hizo visible, optando por compartir todo su ser con la humanidad en la pequeñez, para que en Él tuviésemos vida.

Este para nosotros es el tiempo favorable para cambiar de posición, para reavivar el don de Dios que está en nosotros.

Es el tiempo favorable para gustar el amor de Dios que sale al encuentro en nuestra vida, que es fuerza y pasión para ir al encuentro de los demás, para acercarnos a ellos.

Es el tiempo favorable para aunar lazos de amistad: amigos, como Paula lo ha sido con sus compañeras desde el monte Moro hasta el final de su vida, amigos capaces de relaciones que ponen en el centro a la persona con su historia, sus recursos, sus debilidades y su deseo de Dios, aunque sea sin expresarlo.

Es el tiempo favorable para volver a poner en el centro de nuestra misión a los jóvenes, a las familias, a los pobres, acompañándolos para que sientan y reconozcan el amor

incondicional y apasionado de Dios para con ellos, en cada situación de vida.

Es el tiempo favorable para vivir la misión con los laicos, desde su presencia como parte integrante y originaria de la identidad carismática, discerniendo con ellos la acción de Dios en la historia y el mayor servicio al Reino. Es el tiempo favorable para liberar el gozo de pertenecer únicamente a Dios, única y verdadera fuente de nuestra dicha.



Es el tiempo favorable para que el Dios que nos llama a lo imposible cumpla su obra a través de nosotros, así como en otros tiempos la cumplió, engendrando nueva vida, en las entrañas de dos mujeres, una fecunda y la otra estéril : María e Isabel.



Son estas dos mujeres las que hoy nos ayudan a asumir con confianza nuestra realidad:

Entonces María se levantó y se dirigió apresuradamente a la serranía, a un pueblo de Judea. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Cuando Isabel oyó el saludo de María, la criatura dio un salto en su vientre; Isabel, llena de Espíritu Santo, exclamó con voz fuerte: bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre ¿quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Mira, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura dio un salto de gozo en mi vientre. ¡Dichosa tú que creíste!, porque se cumplirá lo que el Señor te anunció. María dijo: proclama mi alma la grandeza del Señor. (Lc. 1,39-46)

En la fuerza transformadora del encuentro, de su encuentro, reencontramos nuestra historia, nuestra identidad y nuestro deseo de dar vida. María e Isabel son mujeres capaces de encontrarse porque antes se han dejado encontrar por Dios, superando la distancia entre generaciones, superando la diferencia entre novedad y tradición y superando el umbral entre fecundidad y esterilidad. Mujeres con historia y cultura diversa, pero ambas impulsadas por la urgencia de compartir el Don de Dios que se estaba engendrando en ellas. Mujeres que con su presencia provocan preguntas por el misterio de vida que llevan

dentro. Mujeres que comparten el gozo y la amistad y tienen palabras de bendición una para la otra y, juntas, para Dios.

Mujeres que sienten y reconocen el movimiento del Espíritu en ellas y acogen la presencia de Dios la una en la otra. Mujeres libres que no temen dejar su propia casa para ir al encuentro del otro y que no temen dejar al otro para volver a su propia casa. Mujeres que dicen 'sí' a la novedad que Dios propone y dicen 'no' a las costumbres repetitivas que los hombres proponen.

Mujeres que en el encuentro se sienten confirmadas por la abundancia del don de Dios en su vida.

Mujeres que salen y no se dejan frenar por los obstáculos del camino para poder decir al otro: yo estoy aquí para ti, testimoniando así la concreta capacidad de poner gratuitamente en el centro de su atención la vida del otro.

Este es el don que Dios nos ha dado desde siempre, el don que deseamos vivir con pasión, el don que pedimos a Dios como gracia, con todas nuestras fuerzas:

Hágase en mí según tu Palabra...



Y así:

PARA REAVIVAR EL DON DE DIOS EN NOSOTROS

PEDIMOS LA GRACIA DE:

DAR VIDA
HASTA EL FIN;

ESCUCHAR
EL GRITO DE LAS MUJERES Y DE LOS HOMBRES DE NUESTRO
TIEMPO
A TRAVÉS DE UNA CONSTANTE ACTITUD DE DISCERNIMIENTO
PERSONAL Y COMUNITARIO;

OPTAR POR
ESTAR Y CAMINAR ENTRE EL PUEBLO;

APRENDER
EL ESTILO DE VIDA PASCUAL DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO;

PASAR
DE DENTRO A FUERA
DE LO GRANDE A LO PEQUEÑO
DE LA SEGURIDAD A LA PRECARIEDAD
DE LA DISTANCIA A LA CERCANÍA
DE LA ACCIÓN A LA COMPASIÓN;

CONSTRUIR
COMUNIDADES ABIERTAS PARA SALIR Y DEJAR ENTRAR;

**PARA QUE LA TERNURA DEL ROSTRO DE DIOS SE HAGA
PRESENTE Y VISIBLE A LA HUMANIDAD.**



Hágase en mí según tu Palabra...

*Congregación de las Hermanas de Santa Dorotea
de la Frassinetti*

Tomado del Capítulo General XXI
Madrid, 27-29 Mayo 2016